

APOSTOL Y CIVILIZADOR

BOLETIN DE DIVULGACION DE LA FIGURA Y OBRA DE
FRAY JUNIPERO SERRA "EL APOSTOL DE CALIFORNIA".

Publica: Fraternidad de Franciscanos O.F.M. PETRA (Mallorca) ESPAÑA, Tel. 561267

Director: P. Salustiano Vicedo o.f.m.

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 1975

NUMEROS 18 y 19

DEPOSITO LEGAL P. M. 178 - 1974



La Devoción del Padre Serra a los Santos

(Continuación)

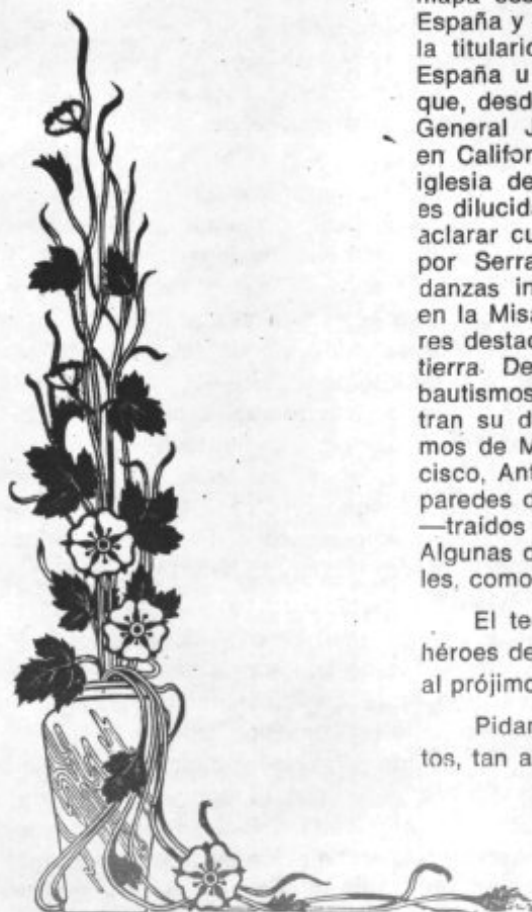
Para el P. Serra era un gozo las canonizaciones de religiosos, cuyas vidas y hechos memorables gustaba repetir. Cuarenta años después de ingresar en la Orden, abrumado por las mil solicitudes de las misiones a su cargo, no olvidaba preguntar a México por la elevación a los altares de San José de Cupertino y si hay otros nuevos santos para rezar por ellos. No consideraba a los santos como personajes distantes; influían de modo real y eficaz en su vida, pues imitaba sus virtudes y aducía sus sentencias en conversaciones y sermones. A ellos recurría como modelos en el caminar hacia Dios, bien consciente de que los bienaventurados simpatizan con quienes se esfuerzan en la virtud y nos pueden alcanzar luz y fuerza.

Una de las muchas bellezas humanas de California es la eufonía de los sonoros nombres castellanos que esmaltan su geografía. Advocaciones de la Madre de Dios, nombres de santos y de ángeles van ilustrando el mapa costero como una letanía perdurable que constata la presencia de España y del fraile mallorquín que explayó allí su devoción. Es cierto que la titularidad de cada nueva misión era impuesta por el Virrey de Nueva España u otras encumbradas autoridades civiles; pero no lo es menos que, desde el mismo comienzo y por acuerdo explícito con el Visitador General José de Gálvez, se eligieron santos franciscanos. De ahí que en California se venera a 30 de los 42 santos que reciben culto en la iglesia del convento de San Bernardino, en Petra. Cuestión de erudición es dilucidar las circunstancias que rodean a cada nombre californiano, aclarar cuantos de los varios centenares de topónimos fueron escogidos por Serra personalmente o ratificados por él. Sabemos que, en sus andanzas inacabables, solía poner el nombre del santo del día, recordando en la Misa y en el breviario, a valles rientes, picos cimeros y otros lugares destacados del paisaje. Así, con duradero y fino tributo, bautizaba la tierra. Después, cristianizaba a sus habitantes: millares de registros de bautismos y de confirmaciones, hechos por fray Junipero Serra, demuestran su devoción ardiente a los santos. Predominan los nombres santísimos de María y José, abundan Miguel —el suyo propio de pila—, Francisco, Antonio, Bernardino. Bajo las humildes enramadas que cubrían las paredes de adobe de los templos, cuadros e imágenes de los patronos —traídos por él de México— presidían la vida de los centros misioneros. Algunas de estas imágenes siguen recibiendo hoy la veneración de los fieles, como la hermosa de la Virgen de Belén, llamada la Conquistadora.

El teólogo Serra mantuvo toda su vida la admiración infantil por los héroes de la santidad. El religioso Junipero los imitó en su amor a Dios y al prójimo.

Pidamos a Dios que la Iglesia añada su nombre a la lista de los santos, tan amados y fielmente seguidos por él.

P. Jacinto Fernández-Largo, o.f.m.





DE CADIZ A VERACRUZ

El P. Serra nos narra en una de sus cartas este interesante viaje

A fin de que nuestros lectores vayan adquiriendo un mayor y más exacto conocimiento de la vida y obra de nuestro P. Junípero Serra, hoy publicamos la segunda de sus cartas, escrita después de haber llegado al Nuevo Mundo. Nada mejor para conocer bien la situación y circunstancias de una persona en un momento dado que recurrir a sus propios testimonios y más aún, cuando se trata de la narración de una carta tan interesante e íntima, entre amigos, en donde todo es espontáneo, natural y fiel relato de unos hechos.

Escrita en mallorquín, con variedad de detalles y gran amenidad, narra la travesía de Cádiz a Veracruz, Méjico. Nos describe las penalidades que pasaron en un viaje nada placentero y la Misión que dieron en San Juan de Puerto Rico. El documento nos expone igualmente lo referente a las atenciones recibidas por unos mallorquines que encontraron en Puerto Rico.

A través de estas líneas podemos descubrir su firme carácter y la solidez de sus virtudes. La carta completa los datos sobre este período de su vida que nuestros lectores ya conocen por la relación "Historia y comentarios de la vida del venerable P. Junípero Serra", del P. David Cervera.

"Jesús, María José.

Amigo carísimo en Cristo, Padre Fray Francisco Serra, dueño y señor.

Gracias a Dios, me encuentro ya en el deseado puerto de tan prolongada navegación, en esta ciudad de Veracruz y en vísperas de partir para México, 80 leguas de camino por tierra. Pienso que nuestra salida será mañana o al día siguiente.

Lo que ha sido esa navegación es materia larga de contar; pero, breves palabras, puedo decir que para nosotros ha sido feliz, aunque larga, pues no hemos tenido más que unos pocos trabajillos, y para mí el mayor de todos ha sido el no saber llevarlos con paciencia.

Embarcamos el día 29 de agosto por la noche y nos hicimos a la vela el 30, sábado; el día 8 de septiembre, día de María Santísima, nos encontrábamos delante de las islas Canarias, continuamos nuestra navegación sin ningún viento contrario y sí con algunas pocas calmas, solamente la víspera de San Miguel estuvo el mar bastante agitado, preocupando algo a los pilotos, pero pasó sin llegar a tormenta notable.

El día de Nuestra Señora del Rosario —temiendo que no hubiera suficiente— nos dieron a todos el agua racionada y una ración tan corta que se reducía a un vaso como los del comedor de Petra, para

cada una de las dos comidas al día, y nunca dejaba de faltarle cerca de un dedo para estar lleno; no podíamos tomar chocolate, aunque lo teníamos, porque no nos daban agua para hacerlo, y esto duró quince días que precisamos hasta desembarcar en la ciudad de Puerto Rico, que dista de Cádiz mil doscientas leguas.

Esta tribulación del agua ha sido la mayor. Hubo momentos que creo habría bebido en el más inmundado charco de la calle, creo que habría bebido no sé qué. Pero en algunas ocasiones, nos sirvió de consuelo un marinero mallorquín que había, el cual nos guardaba alguna vez una racioncilla, conseguida ya fuese con ingenio ya quitándosela de la boca para nosotros dos, Palou y yo.

Con este trabajo, que llevado con paciencia podría alegrarnos mucho, llegamos y desembarcamos en la ciudad de Puerto Rico, el día 18 de octubre, día de San Lucas y sábado.

Allí, nuestro alojamiento fue una ermita de la Purísima Concepción de María, que está dentro de la ciudad, y ya aquella noche rezamos en la iglesia la corona con alguna afluencia de gente.

A la noche siguiente, recité los misterios y añadí una platiquilla invitando a misión para los días siguientes, según me lo había ordenado el Padre Presidente; al otro día salimos a misionar por la ciudad y sus plazas y la conmoción fue muy grande y viendo que la iglesia de la ermita, que era poco más o menos como la del convento de Jesus de Palma, no era capaz para la tercera parte del concurso, nos rogó el Señor Vicario General que la misión se hiciera en la catedral. Y así fue, y se llenaba y aún no cabían. La misión se distribuyó así en la catedral: que un misionero de Sahagún predicase las doctrinas y que la misión la predicásemos el Padre Presidente (que es otro misionero de Sant Espíritu) y yo.

Y así se hizo, predicando yo el primer sermón en la catedral y luego, alternando, el dicho Padre Presidente. No hay duda de que simplemente fue honra que me quisieron hacer los mencionados Padres, pero en la misma hallé mi confusión, porque mi predicación era tan distinta de la de los dichos Padres como la paja del oro, la nieve del fuego y la noche del día. La noche que predicaba el Padre Presidente había en el auditorio tal conmoción de lágrimas, suspiros, bofetadas, etc., que mucho tiempo después de

haber bajado del púlpito, todavía no se podía oír en la iglesia por el llanto y llorando se marchaban a sus casas.

Y lo propio ocurría en algunos sermones que hizo el Padre misionero en la ermita en aquellos días en que *praeter intentionem* se detuvo nuestra embarcación luego de despedidos de la catedral. Pero cuando predicaba yo, no se oía ni un suspiro, por más que tratase asuntos horribles y me desgañaba gritando. Con lo que se hizo público para todo el pueblo, para confusión de mi soberbia, que yo era el único en quien no residía aquel fuego interior que inflama las palabras para mover el corazón de los oyentes.

Espero que Vuestra Reverencia me tendrá lástima y me encomendará a Dios para que sepa amarlo con todas las fuerzas y que el Señor me vaya disponiendo para ministerio tan alto.

La misión, sea por la predicación de semejantes obreros como son los dichos reverendos Padres misioneros, sea por el celo mostrado por los demás en el confesionario para el ejemplo de todos, produjo tal fruto que todos los días confesábamos mañana y tarde, sentándonos al confesionario a las 3 ó 4 de la madrugada y por la noche confesando hasta las 12.

La gente se mostró tan aficionada, que no cabía en la casa los regalos de toda clase de comidas y bebidas. Lo diré con una palabra: nosotros habíamos convenido con el capitán del barco que nos había de mantener allí de todo; y se negó al acuerdo; y desembarcamos 20 religiosos y 3 criados sin un maravedí para comer y pasamos 18 días comiendo la comunidad mejor que se puede en ningún convento, tomando todos chocolate y tabaco tanto de humo como de polvo, agua limonada por las tardes para refrescar y cuanto se quisiera, y al hermano que llevábamos todavía le quedan 40 pesos, y en especie embarcamos cuanto se nos podría antojar para la restante navegación. Y esto diciendo continuamente que no queríamos regalos.

En cuanto llegamos, vinieron 2 ó 3 que nos parecieron grandes caballeros y preguntaron si en la misión había algún Padre mallorquín. Y viendo que éramos dos, al punto nos hicieron grandes ofrecimientos, pero viendo que no admitimos nada, regalaron a la comunidad abundantísimamente ya frutas, ya confituras, pesos para comprar carne, candelas de cebo para la luz, pues aquí no se emplea aceite, y otras cosas. Y nos honraron mucho. Además de estos 2 que se distinguieron mucho de manera que toda la misión vitoreaba a los mallorquines, vino también un tal D. Juan Ferrer, sobrino del Padre Definidor Boteallas, que manda sobre los almacenes del rey, y nos regaló también.

En fin, nos embarcamos el día 31. forcejeando para salir del puerto, no pudimos, y el barco estuvo a punto de estrellarse contra las rocas, de forma que sólo faltaron cerca de dos brazas o algo menos, y pedimos auxilio disparando un cañonazo, y pensando los de la ciudad que ya estábamos perdidos, todo fueron lamentos y llantos por los religiosos, de manera que el gobernador ordenó en seguida que cuantas barcas hubiera se dirigieran al barco y que ante todo sacaran los religiosos a tierra.

Desembarcamos, si bien no todos, y considerando la gente que aquella noche no tendríamos cama ni alimentos, encontramos ya en la placita de la ermita a unos que traían platos, otros chocolate, otros camas, etc. Y aquella noche tuvimos de sobra de todo, chocolate para la mañana y aún nos quedó para embarcar.

Después de la corona, aquella noche predicamos y confesamos y por la mañana, día de Todos los Santos cantamos misa en acción de gracias a María Santísima y embarcamos dicho día que era sábado, y salimos felizmente del puerto y continuamos nuestra navegación para esta ciudad de Veracruz. Al final de esta segunda navegación, que también fue extraordinariamente larga como la primera por la pesadez de nuestro navío, nos vimos en bastantes apuros, pues el 2 de diciembre, estando ya encima de la tierra de Veracruz y pensando que, si no entrábamos aquella tarde, seguramente entraríamos al día siguiente temprano, a primeras horas, nos cogió un viento norte muy fatal en estas costas y giramos en redondo alejándonos de la tierra a donde íbamos y así estuvimos días apartándonos más y más, con una tempestad muy terrible, el barco hacía mucha agua y el palo principal aguantaba sólo de milagro.

Nos reunimos los 20 religiosos nuestros y los Padres Dominicos, que eran 7 y van a Guadalajara, y tratamos *quid resolvendum?* sobre hacer alguna promesa para que el Señor se apiadase de nosotros. Se acordó que cada cual escribiera en un billete un santo de su devoción sin conocer uno el del otro, que los metiéramos en un bote y que, invocando al Espíritu Santo y dicha la oración de todos los Santos, echásemos suerte para nuestro patrono y procurador ante los demás Santos y que al que saliera en suerte, al llegar a tierra, le celebraríamos las comunidades fiesta con misa solemne y sermón. Yo puse a S. Francisco Solano y el Lector Palou San Miguel y no quisieron salir, si que salió Santa Bárbara, que había puesto un Padre Ferrer de Valencia. En cuanto salió el billete y exclamamos ¡Viva Santa Bárbara!, cuya fiesta era aquel mismo día pues era el 4 por la noche, viró el barco hacia el puerto y todos quedamos alegres y confundidos, pues realmente había cesado el viento contrario y soplaban el favorable con el que navegamos hasta el puerto, en el que tocamos fondo el día 6, sábado; por lo que piadosamente creemos habernos salvado por medio de María Santísima, en cuyos días siempre hemos experimentado consuelos, y por Santa Bárbara, ya que, se encontró todo abierto el barco y perdido el palo u obra principal, condición en la que aseguran que es incapaz de navegar ni siquiera un día sin gravísimo riesgo.

El día 10 fue la fiesta en este convento de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, oficiando el Padre Prior de los Dominicos y asistiendo una y otra comunidad y confiando el sermón a mi insuficiencia.

Ayúdenme todos a dar gracias a Dios por tantos beneficios y encomiéndenme a El para que sepa serle agradecido.

Muchísimas memorias a mi padre, mi madre, mi hermana, cuñado, etc. y decidles que estén alegres en el Señor, que yo no los olvido ningún día en la misa y que me encuentro bien de salud y no he tenido novedad alguna, antes bien, he sido el único de todos los religiosos tanto nuestros como Dominicos y criados de unos y de otros que no me he mareado y, cuando los demás estaban casi muertos, yo nunca he sabido si estaba en el mar, y realmente es así.

Recuerdos al Padre Guardián y al querido Padre Vicario, a todos los Padres, para Vuestra Reverencia mil abrazos confiando en que nos encomendará a todos a Dios, como se lo suplico, para que nos veamos en la gloria, si no en la tierra. Amén.

Veracruz y día 14 de diciembre de 1749.

Servidor y amigo en Cristo.

Fray Junipero Serra, indignísimo sacerdote".

Fray Luis Jaume

Siempre fueron las Baleares y en especial, la hermana mayor, Mallorca, bendita tierra, cuna de misioneros, que hoy, como ayer, siempre estuvieron dispuestos a pregonar, en donde quiera que fuere, la fé en Cristo y el amor entre los hombres, sin distinción de raza ni especie, que ante Dios todos los seres humanos son iguales, aún aquellos nacidos en tierras las menos hospitalarias de la faz del mundo. Por encima de todas las cosas anteponían el más puro amor hacia el Supremo Hacedor. Espíritus profundos y admirables, dispuestos siempre a servir a Dios, y a dejar vidas fáciles y plácidas, y aceptando con alegría espiritual, todo sacrificio, que la gloria sólo puede alcanzarse a través del sufrimiento y el dolor.

En un 27 de octubre de 1740, en un modesto, trabajador y honrado hogar nació un niño, y lo hacía en también modesto pueblo, modesto y sencillo, sito en el centro de nuestra isla: San Juan. Tierra de buen trigo y de buenas gentes que convertían aquél, en la más blanca y pura harina, de la que se amasan las hostias, que se convierten, tras de su consagración, en cuerpo de Jesucristo.

El hogar reseñado estaba constituido por Melchor y Margarita y hubieron, en su vida matrimonial, cuatro hijos, el tercero de los cuales, lo fue al que nos hemos referido de su nacimiento. Recibió las aguas bautismales en la Iglesia de San Juan, imponiéndosele el nombre de Melchor, y que más tarde, al ingresar en la Seráfica Orden de San Francisco, no contando todavía 20 años, había de cambiarlo, de manera voluntaria, por el de Luis. Nació, entonces, la que había de ser venerable figura de Fray Luis Jaume.

En conferencia que diera el Padre Rafael Ginard Bauzá, en San Juan, en 1942, se refirió a la infancia del santo varón, calificándolo de "Flor del campo". Nunca ni más justo ni más sencillo el calificativo. Flor del campo, flor sencilla, pero hermosa; flor tímida, de natural perfume, que agrada a los sentidos, pero no embriaga.

Prosiguió, Fray Luis Jaume, sus estudios. Ganó por oposición la cátedra de Teología en el Real Convento de San Francisco de Palma. Pero no era la vida tranquila a la que aspiraba. Sus ansias espirituales volaban, lejos, muy lejos, sentía la llamada de allá, en donde si bien las puestas del sol se caracterizaban por sus aureos y brillantes resplandores, no había llegado aún a iluminar aquellas vastas tierras la llama imperecedera de la fé cristiana.

Fray Luis Jaume sólo contaba 30 años cuando embarcó para el Nuevo Mundo, en donde Fray Junípero Serra, conocedor de las virtudes que le adornaban le confía la Misión de San Diego. Allí desarrolló su meritisima labor. Pero los cabecillas indios al ver perdidas sus influencias, deciden alzarse contra la que era paternal de Fray Luis Jaume.

En la madrugada del 5 de noviembre de 1775 atacan la Misión, La saquean, e incencian. El espantoso griterío, los resplandores del fuego, los gemidos de los indios convertidos, despiertan a Fray Luis Jaume, que sin pensar en su persona, ni en poner a salvo su vida, se dirige a la puerta de su Iglesia, llevando en su mano derecha, un crucifijo de madera, tallado por los indios y con voz valerosa exclama: "Hijos míos, amar a Dios...", a lo que responde con ira el cabecilla de los revoltosos: "Ya no hay más amor a Dios".

Mientras una verdadera nube de flechas surcaba el espacio... Dieciocho de ellas asaetaron el cuerpo del mártir cristiano. Y la barbarie se ensañó en su cuerpo, hasta destruirlo por completo.

Mientras duraba el cruel martirio, Fray Luis Jaume, sonreía amorosamente, y dirigiéndose al cielo no cesaba de decir, mejor balbucear: "Jesús, Dios mío... Perdónalos Señor...". "Y mientras su sangre, que iba brotando regaba la tierra... la fecundaba, hasta que años después, donde sólo hubo flores silvestres, brotaron hermosos rosales, rojos, unos, cual si simbolizasen una pasión; blancos los otros, símbolo de amor, paz y pureza".

Se cumplen 200 años de aquel martirio. San Juan desde el pasado 27 de abril, hasta el 5 de noviembre, lo está dedicando en homenaje de aquel santo varón, que habiendo predicado siempre el amor entre los hombres, sólo martirio recibió, por su bondad.

No queremos silenciar un hecho que se ha producido en este año. Mientras San Juan se apresta a honrar la memoria del primer mártir californiano, en San Agustín (Florida) se ha celebrado la inauguración de un magnífico monumento a la memoria del Padre Camps, y un grupo de misioneros menorquines. Dos hechos que marchan paralelamente, uniendo dos mundos, bajo el signo de la paz y el amor, el emblema de la Cruz, y el nombre de Jesucristo.

Juan JULIA

VISITE PETRA (ESPAÑA) CUNA DE FRAY JUNIPERO SERRA

Usted será cordialmente recibido en la Casa Solariega y Museo del P. Serra de 10:30 a 1:30 y de 15 a 19 hrs. Visite igualmente la Iglesia Parroquial donde fue bautizado, el Convento San Bernardino donde aprendió las primeras letras y su plaza con el monumento.



Casa Junípero Serra

Conocerá notables obras de arte y todo lo relacionado con el fundador de las Misiones Californianas.